

UNA MIRADA HACIA EL FUTURO: NUEVAS DIRECCIONES EN LA ARQUEOLOGÍA DE LOS ANDES NORORIENTALES

Anna Guengerich^a y Warren B. Church^b

1. Introducción

Si bien en la introducción revisamos el desarrollo de los estudios regionales y las rutas por las cuales llegamos al momento en que nos encontramos, en este capítulo contextualizamos los artículos anteriores entre las tendencias actuales y consideramos las direcciones futuras que la arqueología regional promete seguir. Discutimos las cuestiones más urgentes que quedan por resolver, las bases de datos que hoy en día faltan para llegar a estas metas y concluimos con una mirada al rumbo que podría seguir la arqueología en Chachapoyas en el futuro.

En la introducción dirigimos nuestra atención a un tema principal que queda por resolver —no por falta de datos, sino por la falta de diálogo entre los investigadores que ha caracterizado los estudios regionales en el pasado—. Este tema es la identificación de *¿qué fue Chachapoyas?*, el cual impulsó la organización del simposio que dio origen a este volumen. Aunque parece una cuestión simplista, tal vez anticuada, a la luz de los nuevos datos, consideramos el acto mismo de *plantearla*, algo imprescindible para el avance de los estudios regionales. Si bien en las secciones subsiguientes consideramos las cuestiones que se resolverán mediante la recolección de datos, el tema que discutimos en esta primera parte solo se resolverá mediante una reconsideración de los marcos interpretativos en que se fundamentan las investigaciones.

2. ¿Qué fue «Chachapoyas»?

En el capítulo de introducción, trazamos los senderos históricos e historiográficos por los cuales se desarrolló el uso contemporáneo del término «Chachapoyas». En resumen, planteamos la idea de que antes de la conquista incaica nunca existió ningún tipo de unidad integrada —de carácter político, étnico, ni cultural—, que fuera coextensiva con la región que los estudiosos ahora denominan «Chachapoyas». Ahora, mirando al futuro de los estudios regionales, quisiéramos esbozar las implicancias de esta conclusión para la interpretación arqueológica. En otras palabras, ¿cómo se debe entender las relaciones sociales y culturales que los habitantes de esta región mantenían entre sí y con los habitantes de otras regiones? Y, ¿si descartamos la idea de «los chachapoya», ¿cuáles serían los marcos interpretativos que puedan orientar los estudios de los Andes nororientales prehispánicos?

^a Department of Anthropology, Vanderbilt University
Correo electrónico: annaguengerich@gmail.com

^b Department of Earth and Space Sciences, Columbus State University
Correo electrónico: church_warren@columbusstate.edu



Visto desde cierta perspectiva, se puede decir que tal proyecto consiste, al fin y al cabo, en la construcción de las historias culturales de Chachapoyas —las cuales, aún en pleno siglo XXI, en realidad casi no existen—. Sin establecer marcos básicos de los patrones de cultura material y de los sistemas de interacción que integraban y distinguían los grupos sociales a través del espacio y del tiempo, la arqueología de Chachapoyas jamás llegará al nivel de otras regiones de los Andes antiguos, ni será posible investigar cuestiones más complejas de interés comparativo y antropológico.

En la introducción esbozamos las evidencias de fuentes etnohistóricas que contradicen las hipótesis de la unificación cultural o política de Chachapoyas. Aunque los eventos históricos y la gran sombra de la obra de Garcilaso han suprimido esta conclusión por mucho tiempo, las fuentes de los datos en los que fundamentamos esta conclusión no son nuevas. En contraste, las investigaciones arqueológicas actuales están generando una abundancia de datos que problematizan la narrativa vigente. Es más, tal vez el cambio más importante en la arqueología regional de los años recientes ha sido el reconocimiento de la diversidad cultural que existió entre las muchas sociedades llamadas «los chachapoya».

En cierto sentido, este cambio se puede interpretar, no como un desarrollo nuevo, sino un retorno a una situación anterior, en los estudios regionales antes del fin del siglo XX. En aquellos momentos, las investigaciones realizadas en varias partes de Amazonas y La Libertad no se desarrollaban según la idea —basada en la obra de Garcilaso— de que Chachapoyas representara una sola sociedad o cultura compartida (ver introducción a este número). Sin embargo, en los últimos 20 años, ha surgido un renovado interés en re-evaluar nuestro conocimiento de la geografía cultural de Chachapoyas, durante la época preinkaica y entender su relación con la organización sociopolítica y geográfica. En realidad, esta presuposición no debe sorprender si se toma en cuenta la extensión enorme de esta región: con un área de unos 30.000 kilómetros cuadrados, Chachapoyas fue una de las provincias más grandes del Tawantinsuyu (ver Schjellerup, este número).¹

Uno de los primeros indicios arqueológicos de tal variación cultural fue la distribución geográfica de las formas de entierro en peña (*chullpas* y *purun machus*) (v.g. Horkheimer 1959; Kauffman y Ligabue 2003) y de los motivos de frisos arquitectónicos (rombo, greca, zigzag) (Lerche 1986, 1995; Schjellerup 2005). En el campo de los estudios etnohistóricos, varios investigadores han identificado, para la época pre-inka, a varios grupos de carácter político y/o étnico que, según sus hipótesis, no pertenecían al supuesto grupo social de «los chachapoya», como los chillaos, los chilchos, los pacllas y los pomacocha (Ruiz Estrada 2010, este número; Zevallos 1995). Por su parte, Arturo Ruiz Estrada ha figurado como una voz fuerte en la crítica a la suposición derivada de Espinoza y Garcilaso de que los «chacha» o «chachapoya» jugaran un papel dominante en la política regional. En su contribución a este volumen, Ruiz subraya la importancia de los luya y chillao. Más recientemente, Schjellerup (2008, Schjellerup *et al.* 2009) ha intentado dilucidar a los grupos que estaban presentes en la frontera oriental colindante con Chachapoyas durante la época colonial temprana, como los *posic*, y los *orimona*.

Durante el siglo XX, los arqueólogos se enfocaron sobre todo en la cuenca del río Utcubamba, incluyendo sus muchos ríos tributarios, entre Chachapoyas y Leymebamba (ver introducción al volumen). Pero poco a poco, ha incrementado el número de investigaciones que se han realizado más allá del Utcubamba. En 1938, Napoleón Gil llevó a cabo estudios en los valles de Luya, seguido después por Koschmieder (2012), y en el siglo XXI, tomaron lugar las primeras investigaciones en la cuenca del río Sonche por Arturo Ruiz Estrada (2004), Jorge Ruiz Barcellos (2004), Oliver Fabre (2006; Fabre *et al.* 2008) y James Crandall (este número). Las investigaciones en los Chilchos (Schjellerup *et al.* 2003, 2005), representan aún más cobertura geográfica, al igual que en Rodríguez de Mendoza (Schjellerup *et al.* 2009; McCray, este número), la cuenca del Huabayacu (Bueno Mendoza y Cornejo García 2009; Muscutt 2013), el valle de Uchucmarca (Thompson 1976), Bolívar (Vega Ocampo 1982), Patay y el Parque Nacional del Río Abiseo (Church 1997, este número) y Parcoy (Curtin 1951). En este volumen, los artículos de Church y Valle, Crandall, Guengerich, Koschmieder y McCray reflejan esta diversidad de perspectivas geográficas que caracteriza a los estudios arqueológicos actuales. A su vez, las contribuciones de Guevara *et al.* y de Ruiz,

se aproximan al tema de la diversidad sub-regional desde perspectivas genéticas y etnohistóricas, respectivamente.

Frente a esta visible diversidad, nuestra preferencia sería descartar por completo el término «Chachapoyas» y otros relacionados, dejándolos a un lado hasta que tengamos datos adecuados para esbozar la organización de la cultura material al nivel regional. Sin embargo, reconocemos que esta solución no representa una ruta viable: este término ya está cargado con demasiado valor ideológico, político y hasta económico, tanto entre los arqueólogos como el público, y —lo cual es más importante para nuestros propósitos—, ya está fijado en la literatura de los Andes prehispánicos. La pregunta que nos enfrenta, entonces, es ¿cómo se puede utilizar este término de una manera que no reproduzca la suposición *a priori* de que existiera alguna unidad cultural, social, o política en toda esta región? En otros términos, ¿cómo se puede evitar la reificación de este término?

En respuesta, proponemos limitarnos solo al uso del término «Chachapoyas», utilizándolo para hacer referencia a un territorio geográfico cuyos límites —tal como se entienden en uso común—, se han estabilizado a través de un largo proceso de cambio durante las épocas inkaicas y coloniales, como describimos en la introducción. En nuestra opinión, «los chachapoya(s)», y términos relacionados que hacen referencia a aspectos culturales de estas sociedades, se deben evitar —en primer lugar, porque implican una falsa homogeneidad cultural entre una multitud de sociedades diversas y, en segundo lugar, porque las poblaciones y los territorios abarcados por este término han cambiado a través de la época colonial y los estudios regionales—. Como afirma McCray (este número) en su estudio de la zona fronteriza de Rodríguez de Mendoza, es probable que en el futuro se cambien los límites de las fronteras culturales en nuestros mapas de los Andes nororientales. A su vez, los escritores deben de mantener un alto nivel de claridad en cuanto a las regiones geográficas y las poblaciones a las cuales hacen referencia, evitando así las interpretaciones *a priori* y generalizaciones, sin las investigaciones y datos pertinentes.

Creemos, entonces, que el término «Chachapoyas» solo debe entenderse cómo un epónimo que se ha convertido en una especie de etiqueta historiográfica. En otras palabras, lo que comparten «los chachapoya» no es una sola identidad común, sino una historia intelectual sumamente politizada que los ha agrupado desde la época del Tawantinsuyu. Donde sea posible, consideramos importante utilizar términos geográficos para ubicar la extensión de los fenómenos descritos —como, por ejemplo, «la cuenca del Huabayacu» o «la margen derecha del Utcubamba»—. Incluso, en el caso de grupos como los luya y los chilchos, quienes estaban asociados en las fuentes coloniales con un territorio geográfico, hasta ahora no se ha llevado a cabo ningún estudio riguroso de las evidencias arqueológicas, que nos permitan vincular un patrón de cultura material con algún grupo nombrado.

Con el entendimiento mutuo que se logre entre estudiosos mediante el uso de una terminología estandarizada, será posible conducir estudios arqueológicos comparativos, que sean capaces de detectar desarrollos distintos o desiguales al nivel intraregional. Creemos, entonces, que el paso que más adelantará a los estudios regionales no se encuentra en ningún avance tecnológico, sino en la manera en que conceptualizamos a esta región y, de acuerdo a esto, en las palabras que utilizamos para describirla.

3. Cuestiones restantes, cuestiones prometedoras

En la sección previa elaboramos el argumento que el desarrollo de los estudios regionales requiere la reflexividad en la selección de los términos, los cuales resultan de largas trayectorias históricas e intelectuales, que abarcan distintos conceptos sobre organización social y su relación con las prácticas culturales. En la siguiente sección, cambiamos nuestro enfoque hacia cuestiones que no representan un problema al nivel teórico, sino que se podrían resolver mediante el aumento de datos etnohistóricos, biológicos y arqueológicos. Entre las muchas preguntas que aún quedan para resolver, consideramos cinco las más importantes: la historia regional antes del Período Intermedio

Tardío; las bases de subsistencia de las economías regionales; la organización sociopolítica —incluso el papel de Kuélap—; la variación en las prácticas mortuorias; y las fronteras de la región —donde las poblaciones de Chachapoyas interactuaban con las sociedades vecinas—.

3.1. El desarrollo social y cultural antes de 1000 d.C.

Entre los problemas con el uso del término «los chachapoyas» está el que aún se desconocen los posibles vínculos entre las poblaciones del Período Intermedio Tardío y aquellas anteriores en la región, debido a la falta general de conocimiento sobre las épocas antes de 1000 d.C. Aunque la presencia humana en estas épocas tempranas es incontestable, los procesos históricos, la cronología, la organización geográfica y la identidad de las poblaciones presentes siguen siendo temas de gran debate.

Las primeras fechas de C14 que se remontaban a épocas anteriores al Período Intermedio Tardío fueron publicadas por Church (1991, 1994) en base a excavaciones realizadas en Gran Pajatén. Estas fueron seguidas por fechas aún más tempranas —hasta el Precerámico— asociadas con la Cueva Manachaqui (Church 1996), con el sitio residencial de Huepón y algunos contextos funerarios encontrados por Schjellerup (2005). La identificación de estos contextos tempranos después de tantas décadas de los estudios regionales se debe en parte a la dificultad de encontrarlos. Como muchas regiones de la sierra andina (*v.g.* Hastings 1985; Parsons *et al.* 2000; D'Altroy y Hastorf 2001), la mayoría de Chachapoyas cuenta con pocos vestigios de la historia temprana que permanezcan visibles en el paisaje, especialmente en las zonas cubiertas con vegetación. El sur representa la única parte de Chachapoyas donde se han encontrado materiales culturales tempranos distribuidos en superficie, los cuales consisten mayormente en fragmentos de cerámica y carecen de arquitectura asociada (Church y Valle, este número).

A su vez, la falta de estudios sobre las épocas anteriores al Período Intermedio Tardío también se debe a la presuposición vigente a lo largo de muchas décadas, de que la ceja de selva carecía de poblaciones densas y permanentes, hasta muy avanzada la prehistoria (*cf.* Bonavia y Ravines 1967; Kauffman y Ligabue 2003). Como discutimos en la introducción al volumen, la mayoría de investigadores antes del final del siglo XX, postulaba que la aparición repentina de las prácticas culturales «chachapoyas», alrededor de 1000 d.C., resultó de la inmigración de poblaciones extensas de otras regiones, como la Selva Baja al oriente (Horkheimer 1959; Isbell 1974; Lerche 1995) o la sierra central al oeste (Kauffman y Ligabue 2003), tal vez bajo el programa imperial inka (ver Church y Valle, este número). Este modelo se fundamentó en la suposición que el entorno medioambiental de la ceja de selva, supuestamente impidió el desarrollo de sociedades complejas. Entonces, la aparente falta de fechas tempranas cuadraba lógicamente con esta suposición. Como resultado, esta suposición tuvo un efecto perjudicial en el desarrollo de los estudios regionales —¿por qué esforzarse en buscar estratos prehistóricos que supuestamente no existían?—. En contraste, aunque en otras regiones de la sierra también es difícil de encontrar restos de los períodos tempranos en la superficie, esta situación generalmente *no* ha llevado a los investigadores a postular que esto sea resultado de la ausencia total de poblaciones tempranas. En otras palabras, las presuposiciones basadas en las características medioambientales únicas de Chachapoyas han influido mucho en las interpretaciones regionales, a pesar de los patrones culturales que compartían con otras regiones.

El descubrimiento de las secuencias culturales evidenciadas en la Cueva Manachaqui y Gran Pajatén, a fines del siglo XX, impulsaron a Church (1991, 1996) y otros investigadores a desarrollar una interpretación alternativa, en donde la aparición de los complejos culturales del Período Intermedio Tardío representó una innovación por parte de poblaciones autóctonas, resultado en parte de las interacciones que mantenían con poblaciones de otras regiones (Church y von Hagen 2008). El descubrimiento en los últimos cinco años de nuevas fechas tempranas en varias partes de Chachapoyas (Tabla 1) ha sido suficiente para brindar nueva energía a los debates sobre la cronología regional (Koschmieder 2012; Narváz Vargas 2013; Guengerich 2014); sin embargo, estos estudios no han influido en el marco aloctonista promovido repetidamente por Kauffmann

(2013, 2017). Una de las cuestiones más notables es el número reducido de fechas durante los años 750-900 d.C., inmediatamente antes de los cambios en la cultura material asociados con el Período Intermedio Tardío. Lerche (1995) caracteriza a esta época como un «vacío» en el registro histórico regional—el cual interpreta con Koschmieder (2014) como coincidente a un cambio total de poblaciones. A base de cambios en la decoración alfarera en combinación con la estratigrafía y el registro local de fechas de radiocarbono en Luya, Koschmieder (2014) considera los nuevos datos no solamente como evidencias de la inmigración, sino postula el desplazamiento violento de tales poblaciones anteriores. Otros han postulado que este aparente «vacío» solo refleja el estado parcial de los estudios regionales Church y von Hagen 2008; Church y Valle, este número; Schjellerup 2005). En el alto valle Atuén, Guengerich (2014) ha excavado algunas fechas de este período anterior asociadas con elementos considerados como «clásicos» del Período Intermedio Tardío, como es la arquitectura circular de piedra.

En realidad, la falta de conocimiento sobre los procesos sociales y culturales que tuvieron lugar en el Horizonte Medio, y la relación de las poblaciones locales con el Imperio Wari, es uno de los puntos más problemáticos que obstaculizan el estudio de los procesos históricos locales con los de otras regiones de los Andes. Hasta la fecha, se consideraba que no existían ejemplos de arquitectura Wari imperial al norte de Cajamarca (Watanabe 2001), pero recientemente, Church y Muscutt (2018) han postulado que el sitio de Inticancha, investigado, pero poco interpretado por Thompson (1976), fue en realidad de afiliación Wari. Pero sí se han documentado textiles (von Hagen 2007) y fragmentos de cerámica tricolor (Church 1994) y Cajamarca Cursivo-floral (Ruiz Estrada 2009) del Horizonte Medio, y otros de estilo Wari (Ruiz Estrada 2009; Narváez 2013). En vista a la fuerte presencia Wari en la región vecina de Cajamarca, es probable que mantuvieran alguna forma de relaciones por los menos con algunos grupos de Chachapoyas. Sin duda, llama la atención la fecha de la aparición de los complejos culturales del Período Intermedio Tardío en Chachapoyas justo a los inicios del segundo milenio d.C., al mismo tiempo en que otras regiones andinas estaban experimentando enormes cambios sociopolíticos, relacionados en parte con el colapso de los grandes imperios del Horizonte Medio y/o con los cambios medioambientales, que se propone tuvieron lugar en este momento (*v.g.* Toohey 2009). La identificación de los factores que impulsaron estos cambios en Chachapoyas representa una cuestión principal para resolver.

Desafortunadamente, aunque se están cambiando rápidamente nuestras visiones de la historia regional previa al Período Intermedio Tardío, aún existen retos importantes que obstaculizan el desarrollo de este tema. En primer lugar, casi todos los contextos tempranos encontrados hasta ahora se encontraron por casualidad debajo de contextos posteriores, y por eso, faltan contextos de excavaciones amplias y contextos de ocupación permanente. Entre los contextos tempranos excavados hasta el momento se cuenta un abrigo rocoso (Church 1996); relleno de construcción (Church 1991); depósitos rituales (Narváez Vargas 2013); y pozos de cateo de 4 metros cuadrados o menos (Koschmieder 2012; Guengerich 2014). La falta de contextos más extensos no solo dificulta la resolución de cuestiones de cronología, sino también previene el estudio más amplio de temas básicos sobre las sociedades presentes en Chachapoyas durante estas épocas, como sus sistemas agrícolas, sus formas de organización política, sus prácticas mortuorias y las relaciones entre sí.

En segundo lugar, la falta de secuencias de cerámica en Chachapoyas representa una laguna de escala realmente inmensa en los estudios regionales —tal vez la más grande que enfrentamos hoy en día—. Sin la construcción de secuencias locales a lo largo de Chachapoyas, resultará difícil resolver cuestiones de cronología, además de muchas otras cuestiones de importancia cultural y social. En este momento, solo contamos con cuatro secuencias o descripciones sistemáticas publicadas de modo transparente —de Kuélap (Ruiz Estrada 2009), Huepón (Schjellerup 2005), la Cueva Manachaqui (Church 1996) y Monte Viudo (Guengerich 2014)—. Desafortunadamente, la falta de estandarización metodológica entre ellas dificulta la comparación: cada categoría varía en cuanto al nivel de detalle descrito por el autor y en los atributos con los que fueron elaboradas (*v.g.* forma de borde, estilo decorativo, tipo de temperie, color de pasta, et cétera.). Es más, hasta ahora los autores han utilizado categorías funcionales para describir formas (*v.g.* olla, jarra, cántaro) que carecen de

Sitio	Fechas sin calibrar	Fechas calibradas	Probabilidad	Fuente
<i>Asentamientos</i>				
Huepón		10 dC		Schjellerup 1997 ^a
		100 aC		Schjellerup 1997 ^a
Lámud Urco (PAJ 256)		90-330 dC	95.4% (2σ)	Koschmieder 2012 ^{1,b}
		1415-1265 aC	95.4% (2σ)	Koschmieder 2012 ^{1,b}
		2870-1265 aC	95.4% (2σ)	Koschmieder 2012 ^{1,b}
Tosán (PAJ 263)		25-535 dC	95.4% (2σ)	Koschmieder 2012 ^{1,b}
		370-195 aC	95.4% (2σ)	Koschmieder 2012 ^{1,b}
		415-260 aC	95.4% (2σ)	Koschmieder 2012 ^{1,b}
Monte Viudo	1162±36*	772-970 dC	95.4% (2σ)	Guengerich 2014a ²
	1604±36*	385-545 dC	95.4% (2σ)	Guengerich 2014a ²
	1637±36*	337-536 dC	95.4% (2σ)	Guengerich 2014a ²
	2041±38*	167 aC-50 dC	95.4% (2σ)	Guengerich 2014a ²
	2074±41*	198 aC-16 dC	95.4% (2σ)	Guengerich 2014a ²
	2261±37*	400-206 aC	95.4% (2σ)	Guengerich 2014a ²
Gran Pajatén	1490±70	421-657 dC	95.4% (2σ)	Church 1994 ^{2,c}
	1910±60	41 aC-237 dC	95.4% (2σ)	Church 1994 ^{2,c}
	1930±100	176 aC-264 dC	95.4% (2σ)	Church 1994 ^{2,c}
	2200±120	729 aC -59 dC	95.4% (2σ)	Church 1994 ^{2,c}
	2370±60	756 -263 aC	95.4% (2σ)	Church 1994 ^{2,c}
Kuélap		600 dC		Narváez 2013 ^a
<i>Contextos funerarios</i>				
Cerro Achil		910 dC		Jakobsen <i>et al.</i> 1987/1988 ^a
Timbambo		950 dC		Jakobsen <i>et al.</i> 1987/1988 ^a
La Petaca	1040±30	900-1030 dC	95.4% (2σ)	Toyne and Anzellini ³ , <i>este volumen</i>
<i>Otros sitios</i>				
Cueva Manachaqui	1380±80	433-857 dC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	1460±80	409-688 dC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	1500±80	398-663 dC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	1840±80	9-382 dC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	2110±80	364 aC-28 dC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	2450±90	792-398 aC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	2560±100	895-409 aC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	2630±100	1009-431 aC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	2740±90	1188-774 aC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	2800±90	1207-806 aC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	2810±100	1257-801 aC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	2850±90	1261 - 826 aC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	3520±100	2136 - 1620 aC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	3670±100	2390 - 1757 aC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	3830±100	2569 - 1981 aC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	4120±130	3024 - 2308 aC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	4280±110	3331 - 2577 aC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
	10270±60*	10431 - 9825 aC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}
10350±110*	10605 - 9825 aC	95.4% (2σ)	Church 1997 ^{2,c}	

Tabla 1. Fechas radiocarbónicas publicadas anteriores a 1000 d.C. ¹ IntCal 10. ² IntCal 13. ³ IntCal 09. ^a Curva de calibración desconocida. ^b Publicadas sin fechas originales antes de calibrar. ^c Calibración nuestra. En la publicación original, aparece sin calibrar. *Fechados AMS.



Figura 1. Cerámica anterior a 1000 d.C. Izquierda, arriba: vasija de Fase Manachaqui, Cueva Manachaqui; derecha, arriba: fragmentos de vasijas de Fase Suitacocha, Cueva Manachaqui; izquierda, abajo: fragmentos de cuencos pintados en pasta caolín, Gran Pajatén (fotos de W. Church); derecha, abajo: fragmentos de cuencos pintados, Período Intermedio Temprano, Monte Viudo (foto de A. Guengerich).

la consistencia de definiciones objetivas. Por eso, es preciso que los investigadores eviten la práctica de generalizar las secuencias o tipologías elaboradas a base de datos de otras localidades. Aunque existen evidencias claras en varios sitios, de cambios en los estilos alfareros, entre el Horizonte Temprano, Intermedio Temprano e Intermedio Tardío (Church 1991, 1996; Guengerich 2014; Koschmieder 2012; Ruiz Estrada 2009) (Fig. 1), la falta de publicación de secuencias estandarizadas y la limitada exposición de algunos de estos contextos, hace casi imposible interpretar el significado de estos cambios en el contexto social local, ni establecer si representan patrones más ampliamente distribuidos que la zona inmediata.

Una fuente de datos prometedora, que tiene la capacidad de dar luces sobre la cronología y naturaleza de los procesos demográficos son los estudios del ADN, los cuales hacen posible trazar los movimientos poblacionales y la mezcla genética a través del tiempo y el espacio. Los trabajos de Guevara (y Guevara *et al.*, en este número), en base a los análisis de poblaciones contemporáneos, han revelado niveles extremadamente altos de diversidad biológica en comparación con poblaciones amazónicas y andinas, lo cual Guevara interpreta como resultado de la mezcla de varios grupos en varios momentos de la historia. Además, concluye que por lo menos algunos de los antecedentes de estas poblaciones estuvieron entre los pobladores más tempranos de Sudamérica, en base a su estrecha relación con grupos alejados del continente. Los trabajos en marcha de Guevara en base a muestras del ADN antiguo prometen brindar una fuente aún más poderosa sobre la historia poblacional de Chachapoyas y de los Andes Orientales —una de las regiones más lingüísticamente complejas del mundo (Lathrap 1970)—.

3.2. La infraestructura agropastoril

Las bases de la subsistencia figuran entre los temas fundamentales para el entendimiento arqueológico de cualquier región, pero en Chachapoyas aún existen grandes preguntas acerca de los principales cultivos y los sistemas agrícolas y pastoriles, sus distribuciones geográficas, sus desarrollos históricos y sus relaciones con las condiciones medioambientales.

Uno de los logros importantes en las últimas décadas ha sido la confirmación de que el pastoreo de camélidos fue una de las bases económicas en toda la región, no solo durante el Período Intermedio Tardío, sino hasta épocas tempranas. Aunque varios cronistas españoles como Cieza (1959[1553]), describen las manadas grandes de estas sociedades y su fama como tejedores de textiles finos, la ausencia actual de camélidos en la sierra norte desde las épocas coloniales llevó a los investigadores anteriores a suponer que los camélidos no se criaban antes de la llegada de los inkas. Esta interpretación estuvo basada adicionalmente en las condiciones ambientales de los «Andes de páramo» que se consideraban demasiado húmedos y cálidos para su crianza (Troll 1968). Sin embargo, con el aumento del número de excavaciones realizadas dentro de contextos domésticos, queda claro que los camélidos tenían gran importancia no solo para propósitos de textiles finos, sino como se describe en las crónicas, como recurso económico cotidiano. El descubrimiento de huesos de camélido en la Cueva Manachaqui indica su presencia en la región desde 300 a.C.; y durante las fases Colpar (200 a.C.-300 d.C.) y Empedrada (300-700 d.C.), representaban una forma de transporte además de fuente de carne (Church 1991, 1997). La presencia de abundantes restos de camélidos en estratos tempranos y tardíos en Gran Pajatén —dentro del bosque montano— es una novedad que merece mayor investigación (Vásquez *et al.* 1997). La carne también era un elemento central de la dieta doméstica durante Período Intermedio Tardío (Thompson 1976; Schjellerup 2005: 457; Koschmieder 2012; Narváez 2013; Guengerich 2014: 195-196), y el descubrimiento de *wichuñas* y *torteros* en varios sitios confirma que la producción de textiles de lana fue parte de las actividades domésticas diarias (Church 1997; Schjellerup 2005: 338; Guengerich 2014: 195-196). Es más, las representaciones de llamas y alpacas en la cerámica y el arte rupestre (Koschmieder 2011, 2012), demuestran la importancia de estos animales no solo en la economía, sino también en la ideología.

En cuanto a la economía agrícola, han habido avances notables en años recientes, pero aún carecemos de información sobre muchos aspectos básicos de este tema. Los trabajos de Schjellerup (1985, 2005) entre las décadas de 1980 y 1990 contribuyeron al conocimiento de los aspectos infraestructurales de los sistemas de cultivo durante la época inkaica, y anterior a ella; ahora, ahora un conjunto de estudios emergentes va arrojando luz sobre los productos agrícolas mismos. Una de las cosas que sí se puede afirmar en este momento es la variedad de cultivos agrícolas que estuvieron presentes en esta región, entre los cuales se contaban tubérculos, maíz, frijol y productos de alturas bajas como yuca y frutas silvestres. Koschmieder (este número) postula que la distribución de estos cultivos correspondía a diferencias geográficas y ecológicas. La papa y otros los tubérculos predominaban en las zonas *jalca* en la cuenca del Atuén y el maíz en las zonas *quichua* en Luya. Koschmieder interpreta la presencia de cámaras subterráneas de almacenaje en zonas de *jalca* como evidencia del cultivo de papa en estos lugares y considera la ausencia de estas estructuras en las viviendas de Luya como un reflejo de la dificultad de almacenar el maíz a largo plazo en los climas más cálidos de esta zona. Los resultados botánicos de trabajos recientes en Monte Viudo, en la cuenca del Atuén, demuestran la predominancia de los tubérculos en la dieta local (Guengerich 2014), a la vez que los trabajos de Koschmieder en el valle del Jucusbamba afirman la predominancia del maíz en aquel lugar (2012). Pero las colecciones limitadas de restos botánicos de ambas regiones dificultan la conclusión de que estos hubieran sido los cultivos predominantes en las zonas enteras donde se encuentra cada sitio. Falta más muestras de más localidades para poner a prueba tales hipótesis.

Además, varias evidencias indican que los pobladores en toda Chachapoyas aprovecharon productos de múltiples zonas altitudinales. Las escasas fuentes de datos que existen hoy en día han dificultado averiguar si tales productos llegaron a su destino final como resultado de interacción

entre grupos sociales, o debido al empleo de estrategias económicas verticales, tal como Brush (1977) documentó en Uchucmarca en el siglo XX. Se ha encontrado yuca en Kuélap (3000 msnm) (Narváez 2013: 24) y en otros sitios de Luya (Koschmieder 2010: 51). En Monte Viudo (3470 msnm) —ubicado en zona de *jalka*— se ha encontrado productos de la *kichwa* como la quinua y el frijol, además de frutas y fragmentos de calabaza de la Selva Baja (Guengerich 2014a). La variación en el cultivo y el intercambio de los recursos agrícolas representa un campo de estudios de gran importancia para entender las relaciones sociales entre los grupos de esta región y posibles patrones de integración económica. Además, facilita la comparación con estrategias económicas de otras partes de los Andes, tema que desarrolla McCray (ver este volumen) en su investigación en el área de Rodríguez de Mendoza.

También falta averiguar cómo cambiaron los cultivos predominantes y los sistemas agrícolas a través de la historia regional. Los núcleos de suelo obtenidos de la laguna Pomacochas (2100 msnm) por Bush *et al.* (2015) establecieron que el maíz ya se cultivaba al año 1331 a.C. en la parte norte de Chachapoyas —igual que en el sitio cajamarquino de Pacopampa (Tykot *et al.* 2006)—. En Gran Pajatén (2850 msnm), el maíz también ocurre en contextos tempranos, a 400 d.C. (Church 1991: 13). En la laguna Sauce, ubicada al este de Chachapoyas en la confluencia del río Huallaga y el río Mayo, el polen de maíz se remonta hasta 4320 a.C. (Bush *et al.* 2016), lo cual sugiere que posiblemente se había cultivado aún antes en lugares no muy lejos de Chachapoyas. No obstante, los resultados de la laguna Pomacochas también indican que tal vez en esta parte de la región, o al menos alrededor de la laguna, el cultivo del maíz disminuyó al inicio del Período Intermedio Tardío. Los cambios en los regímenes agrícolas también se evidencian en la Cueva Manachaqui (3615 msnm), donde algún tipo de *Chenopodium* (posiblemente la quinua) aparece en la época Precerámica Tardía, el frejol y el maíz aparecen durante el Horizonte Temprano, y los camélidos aparecen en cantidades significativas a los 300-400 d.C., durante el Período Intermedio Temprano (Church 1996). Esta secuencia parece reproducir un nuevo énfasis económico en los cultivos registrados en otras regiones de los Andes Centrales, lo cual parece subrayar las conexiones entre Chachapoyas y otras regiones serranas.

Hasta hace poco, el estudio de los sistemas agrícolas se ha basado principalmente en los restos macrobotánicos encontrados en sedimentos de sitios arqueológicos (*v.g.* Thompson 1976; Schjellerup 2005; Koschmieder 2012; Guengerich 2014). Pero el desarrollo de otras metodologías promete enriquecer este campo de estudios. De un lado, ya se cuenta con una perspectiva del medioambiente, tal como es el caso de los núcleos de polen (*v.g.* Bush *et al.* 2015, 2016); de otro lado, este tema se puede estudiar desde la perspectiva del individuo, en el caso de estudios isotópicos en marcha por Toyne y colegas (2016) y estudios de residuos de almidones en los dientes (Koschmieder 2012). En los estudios futuros, será importante asegurar que estas fuentes de datos coordinen entre sí, a pesar de emplear distintas metodologías y examinar fuentes de datos recuperados de distintas partes de la región.

3.3. La organización sociopolítica

La organización sociopolítica de Chachapoyas —tanto al nivel regional como al nivel local—, la cual ha permanecido hasta ahora casi sin estudios arqueológicos, es otro tema de suma importancia. El modelo más difundido actualmente (*v.g.* Lerche 1995; von Hagen 2002: 48-57; Schjellerup 2005: 446-454) radica en la obra de Espinoza Soriano (1967: 233-237), quien se basó en la obra de Garcilaso. Este modelo postula que la unidad sociopolítica principal fue el ayllu o cacicazgo, el cual se manifestaba en un solo asentamiento o unos pocos asentamientos organizados de manera jerárquica, encabezado por un kuraka o cacique.

Varios estudiosos han criticado a Espinoza por la falta de transparencia en las fuentes documentales que empleó para este estudio (*v.g.* Taylor 1989: 122; Lerche 1995: 32). Pero el problema principal con el uso generalizado de este modelo es que nunca ha sido investigado desde punto de vista arqueológico. Aparte de la cuestión de la interpretación fiel de los documentos, el modelo no

admite la posibilidad de la variación en la organización sociopolítica a través del tiempo y el espacio. De un lado, no reconoce los cambios enormes que tuvieron lugar en Chachapoyas, al igual que en toda la sierra a mediados del Período Intermedio Tardío (*v.g.* Arkush 2008; D'Altroy y Hastorf 2001; Julien 1993; Toohey 2009). De otro lado, es probable que en cualquier momento existieran múltiples formas de organización política dentro de Chachapoyas mismo. Las estructuras de poder deben haber sido muy diferentes, por ejemplo, entre los grupos selváticos de los chilchos y las sociedades de Luya que crearon el centro monumental de Kuélap (ver sección 3.4). Finalmente, el modelo de Espinoza reduce nuestra capacidad de enterarnos sobre la dinámica sociopolítica en las comunidades de Chachapoyas, debido a la falta de detalle: consiste esencialmente en un bosquejo que cuenta poco sobre las bases de autoridad o las expresiones materiales del poder.

Las obras recientes de Koschmieder (2014, ver este número) están entre las pocas que abordan la cuestión de la organización sociopolítica mediante la interpretación de datos arqueológicos. Su contribución a este volumen critica el modelo de curacazgos de Espinoza, que atribuye demasiada complejidad a los sistemas políticos de Chachapoyas, y a partir de materiales arqueológicos de la provincia de Luya, postula que estas sociedades eran básicamente igualitarias, careciendo de líderes institucionalizadas y desigualdades heredadas del estatus. En años recientes, Bueno Mendoza y Cornejo García (2009) y Narváz Vargás (2013) han criticado al modelo de Espinoza desde otra perspectiva y han resucitado el viejo modelo de autores como Amat (1978) y Brush (1977), que postulan que Chachapoyas consistió en una sola entidad política, con su capital el sitio de Kuélap —una interpretación rechazada, se debe anotar, por casi todos los investigadores actuales—.

Queda para la arqueología, entonces, averiguar las suposiciones en que se fundamenta el modelo de Espinoza y para añadir más detalles. Por ejemplo, Koschmieder (este volumen) examina fuentes de datos que incluyen el arte rupestre, los entierros, entre otros. Otra fuente de datos que podría ayudar sería los patrones de asentamiento. Sabemos que existió gran variación en el tamaño de los asentamientos de Chachapoyas, desde docenas hasta más de quinientas estructuras (*v.g.* Ruiz Estrada 2004; Schjellerup 2005; Crandall este volumen). En algunas áreas, como el valle del Tambillo (Muscutt 1998; Guengerich 2014), los asentamientos demuestran ciertos indicios espaciales de la organización jerárquica. Una minoría de asentamientos, además de Kuélap, cuenta con arquitectura que se puede considerar monumental debido a su tamaño o su elaboración arquitectónica, entre ellos Purun Llacta de Cheto (Ruiz Estrada 2004), Cerro Olán (Ruiz Estrada 2013), La Congona (Ruiz Estrada 1979), La Joya (Muscutt 1998), Cerro las Cruces (Bueno Mendoza y Cornejo García 2009), Gran Pajatén (Church 1997) y especialmente Huaca la Meseta (Muscutt 2013) y Pirka Pirka (Vega 1982).

Sin embargo, la reconstrucción de la organización sociopolítica de Chachapoyas nunca será posible hasta que se realicen prospecciones sistemáticas, un fundamento básico de investigación arqueológica que sigue casi ausente en esta región. Los trabajos de Koschmieder (2012) y de Church y Valle (este número) son los únicos hasta ahora publicados que resultaron de prospecciones realizadas mediante métodos que se aproximaron a la cobertura total. Frente a las difíciles condiciones que caracterizan a muchas partes de Chachapoyas —bosque de nube, lluvias repentinas, neblinas, paisaje extremadamente empinada, peñas verticales—, la mayoría de prospecciones ha consistido en el registro de sitios realizado con el apoyo de pobladores locales (*v.g.* Langlois 1940; von Hagen 1950; Vega Ocampo 1982; Muscutt 1998; Schjellerup *et al.* 2003, 2005, 2009). Aunque requiere una inversión más grande de tiempo y recursos, la prospección sistemática representa un paso imprescindible para entender las varias formas de la organización sociopolítica de la región. Es más, facilitaría la comparación con procesos históricos en otras partes de la sierra andina, donde muchas de las investigaciones realizadas hasta ahora se han fundamentado en datos recogidos mediante la prospección (*v.g.* Julien 1993; Parsons *et al.* 2000, 2013; Herrera 2003; Arkush 2008; Bauer y Kellett 2010).

3.4. El papel regional de Kuélap

Es poco probable que jamás se logre un buen entendimiento de las formas de organización socio-política regionales sin establecer una idea más clara de la función y el carácter de Kuélap. Después de décadas de investigaciones científicas, y una historia de estudio que se remonta a las primeras investigaciones de cualquier tipo científico dentro de esta región (ver Church y Guengerich, este volumen), todavía tenemos escaso conocimiento de los mecanismos de su construcción y del papel que jugaba dentro de Chachapoyas, e incluso dentro de Luya mismo.

Queda por explicar la creación de una obra tan enorme por sociedades que —según la mayoría de estudiosos—, solo contaban con un nivel menor de integración política. Narváez (2013), de acuerdo con varios estudiosos del pasado (*v.g.* Brush 1977) opina que esta inversión de mano de obra y la planificación del trabajo hubieran requerido la presencia del estado. Otros por el contrario (*v.g.* Lerche 1995; von Hagen 2002; Koschmieder 2014, este volumen), postulan que un sistema de alianzas políticas, sociales, o rituales hubiera sido capaz de realizar esta obra, tal como han propuesto Makowski (2006) y Burger y Salazar (2014) para la creación de los complejos monumentales precerámicos de la Costa Central. Para algunos, Kuélap se distingue más por reflejar la importancia de grupos sociopolíticos de la margen occidental del valle de Utcubamba —los luya y chillaos—, dentro del entorno Chachapoya (Ruiz Estrada 2009; Koschmieder 2014).

Robert Bradley (2005) enfatiza los aspectos simbólicos y rituales de la arquitectura de Kuélap, y las investigaciones recientes del equipo de Narváez Vargas han establecido la altísima importancia de los prácticos rituales y especialmente los mortuorios en este sitio. Narváez caracteriza a Kuélap como centro religioso, destino de peregrinaje (ver también von Hagen 2002), y tal vez lugar de depósito de difuntos de zonas lejanas, además de sede de poder político (Narváez 2013), aunque anteriormente subrayó los supuestos aspectos defensivos del sitio (Narváez 1996a, b). Como mencionan varias de los contribuidores a este volumen, la interpretación de Kauffmann Doig (Kauffmann y Ligabue 2003) de que Kuélap fue un enorme granero se puede descartar en base a las evidencias incontrovertibles de ocupaciones en las más de cuatrocientas viviendas que considera almacenes (Narváez 2013).

Pero todas estas interpretaciones quedan en hipótesis si no es responder a una serie de preguntas fundamentales. Todavía no sabemos cuándo empezó la construcción del sitio, ni por qué. ¿Cuántos años demoró, y a qué época se remonta la construcción de los distintos sectores del sitio, como Pueblo Alto y la Plataforma Sur detrás del Tintero? ¿Creció por etapas, y, si fue así, cuántas había? ¿Hay evidencias de estatus o identidad entre los habitantes que se reflejan en los contextos domésticos? ¿Cuál era la relación de la llamada «Fortaleza» con los otros componentes del complejo, y especialmente con la «fortaleza» de Malcapampa, cuya construcción nunca llegó a completarse (Ruiz Estrada 2009)? ¿Por qué no mencionan este sitio ninguno de los cronistas españoles, cuando los nuevos descubrimientos de construcciones y entierros de época inkaica demuestran la importancia que mantenía bajo el dominio del Tawantinsuyu (Toyne y Narváez 2014)? ¿En qué época tuvo lugar la asombrosa masacre en que acabó la ocupación del sitio (*ibid.*), y cuáles fueron los factores políticos, regionales que lo provocaron?

Los estudios actuales de Toyne (Toyne y Narváez 2014 y este número) sobre las muestras osteológicas de Kuélap prometen brindar una fuente útil de respuestas para algunas de estas preguntas. Pero para responder a estas preguntas, es importante no solo realizar más investigaciones dentro de la «Fortaleza», sino también en los otros componentes del sitio, como la Malca, las tumbas de La Barreta, y los asentamientos y campos de cultivo de El Lirio y Pampa Linda, ubicados en la meseta al este (Ruiz Estrada 2009: 47-48). Además, requiere una mirada desde más allá de sus murallas que abarque la perspectiva de las poblaciones que acudían a este sitio e interactuaban con sus habitantes. ¿Intercambiaban bienes, por ejemplo, con los habitantes de Kuélap, y si fue así, tomaban la forma de productos básicos como camélidos o alimentos, o de objetos finos de importancia ritual? ¿Vinieron estas poblaciones de larga distancia o de las cercanías?

3.5. La variación en los prácticos mortuorios

Otra cuestión que falta resolver es el significado de la variación en las prácticas mortuorias. Chachapoyas abarcó un gran número de tradiciones mortuorias, entre las más diversas del mundo andino (Nystrom *et al.* 2010). Tomaban las formas de entierros en cuevas (Fabre *et al.* 2008), bajo rocas y peñas (Koschmieder y Gaither 2010), dentro de terrazas agrícolas (Lerche 1986: 136), dentro de murallas perimétricas (Narváez Vargas 2013), *chullpas* aisladas (Schjellerup 2005: 314, 332-335) y, en contextos domésticos, en hornacinas en las paredes (Ruiz 2010:103-116), en urnas (Ruiz Barcellos 2004) y colocados bajo los pisos (Crandall, este número; Koschmieder 2012; Narváez Vargas 2013). Las formas más célebres son los entierros en peñas de roca caliza y arenisca: los *purun machus* o sarcófagos de barro, los famosos ejemplos de Karajía (Kauffman y Ligabue 2003) (Fig. 4.10, 4.11) y los recién descubiertos en San Jerónimo (Fig. 2); las llamadas *chullpas* o edificios rectangulares, y a veces circulares, que frecuentemente contaban con varios pisos, con enlucido, con pintura y con arte rupestre. Los entierros más famosos son los de Revash (Reichlen y Reichlen 1950; Kauffman y Ligabue 2003), los Pinchudos (Morales Gamarra 2002) y de la laguna de Los Cóndores (Guillén 2002), pero las investigaciones recientes de Toyne, Anzellini y sus colaboradores en la Petaca (ver este número), ofrecen una importante nueva fuente de datos sobre la variación estilística que caracteriza a estos conjuntos de tumbas.

Aparte de la importancia de los entierros en la examinación de cuestiones de antropología general, los contextos mortuorios conllevan una marcada relevancia dentro del mundo andino debido al rol social y político de los ancestros o *mallquis*. Vista desde esta perspectiva, la diversidad mortuoria de Chachapoyas tiene la capacidad de dar luces sobre muchos aspectos de estas sociedades. Por ejemplo, la distribución de los *purun machus* al norte de Leymebamba y/o a la margen izquierda del Utcubamba y de las *chullpas* al sur y/o a la margen derecha, ha sido interpretada como evidencia de distintas agrupaciones políticas o de identidades sociales (Kauffman y Ligabue 2003; ver Koschmieder, este número). Sin embargo, Kenneth Nystrom y colegas (2010) han sugerido que esta aparente distribución no representa la realidad, sino que resulta de la falta de investigaciones sistemáticas. Es más, la mayoría de los entierros en peña todavía no cuentan con fechas y hay poco conocimiento de los cambios cronológicos en su estilo.

También queda dilucidar los motivos por los cuáles algunos miembros de estas sociedades fueron enterrados de esta forma de entierro y otros no. Desde hace tiempo, varios investigadores han sostenido que fueron tumbas de personas de posición social privilegiada (*v.g.* Langlois 1940; Koschmieder y Gaither 2010). Las contribuciones de Koschmieder y de Toyne y Anzellini en este volumen tratan de aspectos diferentes de esta cuestión. Koschmieder concluye que los entierros de *purun machu* y los de abrigos rocosos fueron de guerreros conocidos o de jefes de guerra; al contrario, Toyne y Anzellini encuentran pocas evidencias de diferencias sociales entre los individuos enterrados en *chullpas* comunes en la peña de La Petaca. El estudio de entierros fuera de las peñas permanece aún menos desarrollado, falta examinar el significado y las motivaciones ideológicas que puedan los entierros en, por ejemplo, viviendas, en muros y murallas. Los contextos mortuorios que abundan en las cuevas profundas del paisaje kárstico (Ruiz Estrada 2008) representan un tema muy prometedor para la investigación científica, pero pocos han sido publicados en foros arqueológicos (Fabre *et al.* 2008).

3.6. Las «fronteras» regionales

Finalmente, una de las preguntas más básicas acerca de Chachapoyas, también permanece entre las más difíciles: ¿dónde se deben ubicar las fronteras geográficas de esta región? Aunque los autores típicamente ubican la frontera occidental en el Marañón, las otras fronteras quedan en una posición de incertidumbre (ver Church y Guengerich, este número). Incluso bajo el gobierno de Tawantinsuyu, las fronteras parecen haber permanecido fluidas —tal vez debido a las dificultades que los inkas encontraron en sus esfuerzos por consolidar las partes bajas de la provincia (Schjellerup 2005: 54-58)—. La confusión sobre la ubicación de las fronteras también se debe a las pocas investigaciones que se han realizado en la mayoría de las regiones colindantes con Chachapoyas,

como la planicie de Bagua (Oliveira 2008; Shady 2011; Clasby y Meneses 2013; Valdez 2013), la cordillera de Colán, las cuencas del río Izama y otros ríos del norte, Moyobamba (van Dalen *et al.* 2013; Salazar *et al.* 2015), la provincia de Celendín al este de Cajamarca (Chávez 1976) y las cuencas superiores del Marañón (Matos 1972; Hastings 1985; Morris y Thompson 1985; Herrera 2003; Mantha 2006) y el valle? medio del Huallaga (Ravines 1981; DeBoer 1984).

No obstante, si tomamos la posición de que nunca existió una unidad cultural o política en «Chachapoyas» antes de la conquista incaica, esta confusión resulta más fácil de entender: Chachapoyas no estaba caracterizada por fronteras fijas, porque no existió ninguna entidad integrada que pudiera establecer fronteras. Desde esta perspectiva, la obra que nos enfrenta no es establecer las «fronteras» de un fenómeno «Chachapoya», sino de examinar las relaciones que mantenían las poblaciones en el corazón de esta región, con las sociedades vecinas con las cuales compartían algunos rasgos culturales. Se trata, entonces, de identificar las regiones donde los modos de vida de los grupos sociopolíticos fueran marcadamente diferentes de aquellos grupos identificados como Chachapoyas, usando criterios explícitos.

Al norte, esta ubicación ha sido generalmente identificada con la planicie de Bagua, donde los Andes descienden hacia la depresión de Huancabamba. La mayoría de estudios de esta área sin embargo, se han centrado en el Formativo (Oliveira 2008; Shady 2011; Valdéz 2013; Clasby 2014), lo cual ha dificultado entender cómo estas poblaciones se relacionaban con la región de Chachapoyas, donde la mayoría de la investigación se ha centrado en el período posterior a 1000 d.C. Algunos investigadores han postulado que las sociedades de Bagua formaron parte del mismo complejo cultural de Chachapoyas —en base, por ejemplo, a la presencia de construcciones circulares de piedra (Narváz Vargas 2013: 115)—, pero el presente estado de los estudios en ambas regiones no permite evaluar esta hipótesis—. También es difícil examinar las relaciones interregionales en la margen sur de Chachapoyas, donde hasta la fecha las investigaciones arqueológicas han encontrado vestigios de los mismos materiales culturales asociados con Chachapoyas hasta al sur de Pías. Es aún incierto si estos patrones materiales «Chachapoya» se extienden más al sur hasta Huaylillas.

Pero la frontera cultural y social cuya ubicación es la más elusiva para los investigadores es la oriental, donde el paisaje serrano de Chachapoyas baja de manera abrupta hacia la montaña y a las selvas de la cuenca amazónica. La provincia inka de «Chachapoyas» no parece haber contado jamás con una frontera oriental en el sentido de un límite fijo compuesto por un territorio geográfico contiguo; más bien, probablemente consistió en una serie de complejos arquitectónicos que establecieron el dominio de Tawantinsuyu en lugares de importancia estratégica (ver Schjellerup, este número). Esta extensa región oriental de Chachapoyas ha permanecido entre las partes menos estudiadas de la región. Los únicos trabajos realizados en la zona hasta ahora consisten en las prospecciones de Schjellerup y sus colegas en las zonas de los Chilchos y Mendoza (2003, 2005, 2009); de Church (1997) y colegas (Lennon *et al.* 1989) en el valle del río Montecristo; las excavaciones de Bueno Mendoza y Cornejo García (2009) en el sitio de Cerro las Cruces en la cuenca del río Huabayacu; y las exploraciones preliminares de Muscutt (1998, 2013) en la cuenca del Huayabamba.

Al mismo tiempo, el estudio de las regiones fronterizas representa uno de los problemas teóricos más importantes con el cual Chachapoyas promete contribuir a nuestro entendimiento de los procesos culturales y sociales del mundo prehispánico: las relaciones de larga distancia entre las sociedades prehispánicas, especialmente las que tuvieron lugar entre el mundo amazónico y el mundo andino (ver McCray, este volumen). Varios rasgos naturales del paisaje de Chachapoyas habrían facilitado estas interrelaciones, entre ellos el abra de Porculla, al oeste de Jaén, que a 2145 msnm es la más baja de todos los Andes; el súbito descenso de las vertientes orientales de los Andes en estas latitudes, haciendo posible un viaje desde la sierra a la selva baja dentro de unos pocos días; y las rutas fluviales menores que históricamente han servido como rutas de «entradas» al este (Schjellerup 2005: 34-50), como por ejemplo el Huayabamba, a donde se puede navegar hasta 90 km de su desembocadura en el Huallaga (Church 1996).

Estas relaciones han sido reconocidas en la arqueología andina desde por lo menos la obra de Julio C. Tello, pero han sido tema de pocos estudios arqueológicos (Church 1996; Kojan

2002; Saignes 1985). Las excavaciones de Church (1996) en la Cueva Manachaqui brindaron varias evidencias de interacciones de larga distancia durante el Horizonte Temprano y el Período Intermedio Temprano, orientadas en su mayoría establecidas de norte a sur, con sociedades de Ecuador y al oeste y sur en la sierra de Perú. Entre estas evidencias se cuentan lascas de obsidiana, huesos de pez originarios de la costa de Ecuador y cerámicas con rasgos estilísticos conocidos de Ecuador, Bagua, Cajamarca y Ancash. La presencia de huesos de camélidos y nuevas formas de cerámica vasijas grandes y burdas, desde el inicio del Período Intermedio Tardío llevó a Church a postular que este lugar sirvió como parada en rutas de caravana de larga distancia.

Evidencias de intercambio entre las poblaciones de Chachapoyas y de las tierras bajas del oriente provienen en su mayoría de contextos mortuorios, siendo los más sobresalientes los restos orgánicos recuperados de la Laguna de los Cóndores (von Hagen 2004) (ver también Thompson 1984; Church 1996; Guengerich 2014: 271-276). Los *purun machus* miniaturas (Fig. 3) encontrados en una capa de relleno en el sitio San José de Moro asociada a fines del Período Intermedio Temprano o inicios del Horizonte Medio (Castillo, comunicación personal 2016) son el único ejemplo registrado *in situ* de materiales de origen de Chachapoyas que encontrados fuera de la región. El número relativamente bajo de indicios de interrelaciones a larga distancia, resulta en parte de la dificultad de planificar proyectos arqueológicos con el objetivo explícito de encontrar tales materiales. Sin embargo, las zonas fronterizas de Chachapoyas representan una oportunidad para investigar estas cuestiones. Como explica McCray (este número), la ubicación intersticial de estas zonas en términos geográficos no solo significa que sus habitantes se hubieran encontrados en una posición ideal para mediar las relaciones entre las sociedades de Chachapoyas y las de la selva baja y otras regiones, sino que la proximidad de tantos complejos culturales y ecotonos hubiera impactado en muchos aspectos de la vida cotidiana de sus habitantes.

La falta de estudios en la parte oriental de Chachapoyas se debe principalmente a las condiciones medioambientales, que están entre las más difíciles de una región con fama de condiciones difíciles. Mucha de la zona permanece cubierta por un tupido bosque, y queda alejada de vías de comunicación, en comparación con la parte oeste de Chachapoyas. En la actualidad, el rápido desarrollo económico de esta región promete ampliar las posibilidades para la investigación arqueológica, pero debido a razones desafortunadas como la tala descontrolada de los bosques para madera y el pastoreo, la construcción de nuevas ciudades y sistemas de transporte en zonas de alto valor ecológico, y la construcción de infraestructura hidrológica en ríos frágiles (Schjellerup *et al.* 2009). Estas transformaciones no solo pondrán al descubierto restos arqueológicos, sino que también exigirán la atención de los investigadores, antes de que sean depredados o desaparezcan de alguna otra manera.

4. Rumbos futuros: más allá de 2016

Quisiéramos concluir el volumen con un vistazo al futuro. En base a las tendencias actuales, ¿cuáles prometen ser los rumbos nuevos de los estudios regionales en las próximas décadas?

Como discutimos anteriormente, es probable que las investigaciones fuera de la cuenca del Utcubamba desarrollarán aún más en los años que vienen. La parte oriental de Chachapoyas representa un área especialmente rica debido a su estado casi virgen en cuanto a las investigaciones científicas, en que siguen escondiéndose sitios tan enormes como el complejo enigmático y monumental de Huaca la Meseta (La Penitenciaría), identificado y descrito por Keith Muscutt hace pocos años (2013). Varias investigaciones recientes y en desarrollo al norte y este de Chachapoyas (van Dalen *et al.* 2003; Oliveira 2008; Valdez 2013; Clasby 2014) también ayudarán a contextualizar a los procesos históricos dentro de Chachapoyas, y arrojar luz sobre las conexiones que vinculaban las sociedades prehispánicas de los Andes y la Amazonía.

Los avances en la tecnología representan otro campo que promete beneficiar la expansión de la investigación hacia nuevas zonas geográficas. Nos encontramos en un momento de rápida expansión de la tecnología arqueológica, y en los Andes mismos los investigadores están probando el uso de los drones y la creación de modelos tridimensionales mediante el *software* de fotogrametría.



Figura 2. Los purun machus recién descubiertos en el sitio San Jerónimo, Bongará, los cuales lucen pintura de color ocre rojo y amarillo (foto de M. Malaver Pizarro).



Figura 3. Los purun machus en miniatura, hechos en arcilla cruda, encontrados en el sitio San José de Moro, valle de Chamán, en la costa norte de Perú. Derecha: perfil que demuestra el parecido con los purun machus de Luya (foto de L.J. Castillo).

Chachapoyas representa un contexto ideal para el desarrollo de nuevas tecnologías; hasta ahora, sus bosques, neblinas y paisajes accidentados han desafiado el uso de metodologías que ya se encuentran ampliamente difundidas entre las investigaciones de otras partes de los Andes, como el mapeo digital o la fotografía aérea. Grandes partes de Chachapoyas, por ejemplo, aún no cuentan con cobertura de alta resolución en el programa de Google Earth. En este sentido, las técnicas con sensores remotos tienen un potencial enorme para la investigación regional, sobre todo en cuanto a la prospección, especialmente el LiDAR —si eventualmente se desarrollan los medios para hacer económicamente factible su aplicación si jamás se desarrollen mecanismos para realizar su uso de una manera económicamente factible—. La colaboración con alpinistas y espeleólogos —como

el grupo español EspeleoKandil, que ya cuenta con muchos años realizando exploraciones en Chachapoyas (http://www.espeleokandil.org/expediciones/peru/los_chachapoyas.htm)— también ofrece una ruta para desarrollar mecanismos seguros para realizar las investigaciones de contextos que hasta ahora quedan sin estudiar, como lo demuestra la contribución de Toyne y Anzellini (este número). Aunque las cuevas y grutas formaban un elemento importante en la cosmología y las prácticas religiosas de los antiguos pobladores de Chachapoyas; hoy en día estos lugares son extremadamente peligrosos aún para los profesionales, lo cual se demuestra en los esfuerzos de rescate de dos espeleólogos que recibieron atención a nivel nacional en 2014 y 2015 —de los cuales uno terminó con éxito y el otro en tragedia—.

La época colonial también promete formar un campo importante de investigaciones futuras en la región (Fig. 4), lo cual adelantará el conocimiento de las sociedades de Chachapoyas en los momentos posteriores al colapso del Tawantinsuyu (ver Schjellerup, este número). Trabajos recientes en los Andes que se extienden desde el Período Intermedio Tardío hasta la época colonial demuestran que la conquista española no significó una ruptura total para las sociedades andinas en términos culturales o sociales, ni fue la única vez que tuvieron que adaptarse a la dominancia de un poder foráneo. En Chachapoyas, como otras provincias incorporadas en los momentos tardíos del Tawantinsuyu, las dos conquistas estuvieron separadas por menos de ochenta años, poco más del lapso que una vida humana. Varias investigaciones en contextos mortuorios han encontrado objetos de origen colonial mezclados con otros de afiliación inka y pre-inka (Urton 2001; Koschmieder y Gaither 2010), los cuales parecen indicar la continuación de algunas prácticas rituales bajo dominio foráneo. Los trabajos recientes de Crandall en Purun Llacta de Soloco (este número) demuestran el impacto que tuvieron estos dos imperios sobre la vida cotidiana y la organización del espacio al nivel de la vida cotidiana. A su vez, Soloco se destaca entre los estudios coloniales de todos los Andes por el descubrimiento *in situ* de dos *aquillas* de plata que lucen diseños de figuras masculinas y femeninas que llevan vestimenta de estilo inka y español.

En cuanto a todos estos temas, el avance de los estudios regionales requiere que los investigadores cumplan con su responsabilidad ética con público y la comunidad científica, de difundir los resultados de sus investigaciones de manera transparente. En una situación de caos productivo como la presente —la cual resulta del repentino aumento de trabajos en años recientes—, es imposible avanzar sin la comunicación de los muchos investigadores que persiguen temas relacionados desde una variedad de perspectivas metodológicas, teóricas, y geográficas. Es nuestra opinión que las diversas contribuciones a este volumen demuestran el éxito que puede resultar de tales esfuerzos.

Finalmente, esperamos —y creemos— que el aumento de estudios en Chachapoyas también promueva un interés más amplio en la arqueología de los Andes Orientales. Si Chachapoyas históricamente ha sido dejado a un lado en las explicaciones del desarrollo cultural andino, la situación ha sido aún peor para otras regiones orientales, de las cuales ni existen términos arqueológicos para describir sus complejos culturales. Pero la fama de Chachapoyas entre el público peruano tal vez sea una oportunidad para promover el interés en aquellas regiones, especialmente cuando más investigadores reconozcan el potencial de los flancos orientales para responder preguntas de amplio interés antropológico e histórico. Esperamos que el estudio de esta región contribuya a deconstruir las barreras artificiales que se han construido entre los Andes y la Amazonía en la historia de estudio, y a entender las fuerzas culturales y sociales que vincularon a los habitantes prehispánicos de Sudamérica.

Notas

¹ Dentro de este capítulo, usamos a menudo el término «Chachapoyas» para referirnos a la región geográfica correspondiente a la provincia inka descrita por Garcilaso, incluso las tierras adyacentes incorporadas a la provincia a principio del período colonial, según referencias en los primeros documentos escritos.



Figura 4. La iglesia colonial de La Jalca (foto: A. Guengerich).

Referencias

- Amat, H.
1978 Los yaros destructores del Imperio Wari, *III Congreso Peruano: El Hombre y la Cultura Andina*, vol. II, 614-641. Lima.
- Arkush, E.
2008 War, chronology, and causality in the Titicaca Basin, *Latin American Antiquity* 19 (4), 339-373.
- Bauer, B. y L. Kellett
2010 Cultural transformations of the Chanka homeland (Andahuaylas, Peru) during the Late Intermediate Period (AD1000-1400), *Latin American Antiquity* 21 (1), 87-111.
- Bonavia, D. y R. Ravines
1967 Las fronteras ecológicas de la civilización andina, *Amaru* 2, 61-69.
- Bradley, R.
2005 The architecture of Kuélap, tesis de doctorado, Department of Art History, Columbia University. New York.
- Brush, S.
1977 *Mountain, field and family: The economy and human ecology of an Andean valley*, University of Pennsylvania Press. Philadelphia.
- Bueno Mendoza, A. y M. Cornejo García
2009 Arqueología de la cuenca del río Guabayacu, región San Martín, Perú, *Investigaciones Sociales* 13 (23), 15-58.
- Burger, R. y L. Salazar
2014 ¿Centro de qué? Los sitios con arquitectura pública de la cultura Manchay en la costa central de Perú, en: Y. Seki (ed.), *El centro ceremonial andino: nuevas perspectivas para los períodos arcaico y formativo*, 291-313, National Museum of Ethnology, Osaka, Japón.

Bush, M., N. Sublette Mosblech y W.B. Church

2015 Climate change and the agricultural history of a mid-elevation Andean montane forest, *The Holocene* 25 (9) 1-11.

Bush, M.B., A. Correa-Metrio, C.H. McMichael, S. Sully, C.R. Shadik, B.G. Valencia, T. Guilderson, M. Steinitz-Kannan y J.T. Overpeck

2016 A 6900-year history of landscape modification by humans in lowland Amazonia, *Quaternary Science Reviews* 141, 52-64.

Chávez, M.

1976 Arqueología de Celendín, *Cuadernos de Arqueología Andina: Boletín de la Fundación «Josefina Ramos de Cox»* 1, 35-61. Lima.

Church, W.

1991 La ocupación temprana de Gran Pajatén, *Revista del Museo de Arqueología Antropología e Historia de la Universidad Nacional de Trujillo* 2, 7-38.

1994 Early occupations at Gran Pajatén, Peru, *Andean Past* 4, 281-318.

1996 *Prehistoric Cultural Development and Interregional Interaction in the Tropical Montane Forests of Peru*, tesis de doctorado, Department of Anthropology, Yale University, New Haven.

1997 Más allá del Gran Pajatén: conservando el paisaje prehistórico Pataz-Abiseo, *Revista del Museo de Arqueología, Antropología, e Historia* 7, 205-248.

Church, W. y A. von Hagen

2008 Chachapoyas: cultural development at an Andean cloud forest crossroads, en: H. Silverman y W. Isbell (eds.), *Handbook of South American Archaeology*, 903-926. Springer, New York.

Church, W. y K. Muscutt

2018 Inticancha: a Wari enclave in Chachapoyas? (Reopening a cold case in a cold place), ponencia presentada al simposio anual N°. 58 del Instituto de Estudios Andinos, Berkeley.

Cieza de León, P.

1959 *The Incas* [traducción de H. de Onís], V. von Hagen (ed.), University of Oklahoma, Norman. [1553]

Clasby, R.

2014 Early ceremonial architecture in the ceja de selva (800-100 B.C.): a case study from Huayurco, Jaén Region, Peru, en: S. Rostain (ed.), *Antes de Orellana: actas del 3º encuentro internacional de arqueología amazónica*, 233-242, Instituto Francés de Estudios Andinos, Quito.

Clasby, R. y J. Meneses

2013 Nuevas investigaciones en Huayurco: resultados iniciales de las excavaciones de un sitio de la ceja de selva de los Andes peruanos, *Arqueología y Sociedad* 25: 303-326.

Curtin, P. D.

1951 A survey of new archaeological sites in Central Pataz, Peru, *Journal of the Washington Academy of Sciences* 41 (3), 49-63.

van Dalen, P., C. Cornejo y G. Alarcón

2003 Arqueología de la cuenca media del Río Mayo, Moyobamba, San Martín, *Arqueología y Sociedad* 26, 207-228.

D'Altroy, T. y C. Hastorf (eds.)

2001 *Empire and Domestic Economy*, Kluwer Academic/Plenum, New York.

DeBoer, W.

1984 Archaeological Reconnaissance in the Central Huallaga, Department of San Martín, Northeastern Peru, (manuscrito inedita), Department of Anthropology, Queens College, CUNY, Flushing.

Espinoza Soriano, W.

1967 Los señoríos étnicos de Chachapoyas y la alianza hispano-chacha, *Revista Histórica* 30, 224-332.

Fabre, O.

2006 Contribution à l'archéologie de la région Chachapoya, Pérou, tesis de doctorado, Université Paris-Sorbonne.

Fabre, O., J.L. Guyot, R. Salas Gismondi, M. Malaver Pizarro y E. Maniero

2008 Los chachapoya de la región de Soloco: Chaquil, del sitio de hábitat a la cueva funeraria, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 37 (2), 271-292.

Guengerich, A.

2014a The architect's signature: The social production of a residential landscape at Monte Viudo, Chachapoyas, Peru, *Journal of Anthropological Archaeology* 34, 1-16.

2014b Monte Viudo: Residential Architecture and the Everyday Production of Space in a Chachapoya Community, tesis de doctorado, Department of Anthropology, University of Chicago.

2015 Settlement organization and architecture in late intermediate period Chachapoyas, Northeastern Peru, *Latin American Antiquity* 26 (3), 362-381.

Guillén, S.

2002 The mummies of the Laguna de los Cóndores, en: E. González y R. León (eds.), *Chachapoyas: el reino perdido*, 345-387, AFP Integra, Lima.

von Hagen, A.

2002 Chachapoya iconography and society at Laguna de los Cóndores, Peru. En H. Silverman y W. Isbell (eds), *Andean Archaeology, Volume II: Art, Landscape, and Society* 137-155. Kluwer Academic/Plenum, New York.

2004 Plumas para el rey: cazadores de aves en la Laguna de los Cóndores. *Revista Arqueológica Sian* 9 (15):24-25. Trujillo.

2007 Stylistic influences and imagery in the Museo Leymebamba Textiles. En L. Bjerregaard (ed.) *The Laguna de los Cóndores Textiles in the Museo Leymebamba, Chachapoyas, Peru*, pp.41-62. Museum Tusulanum, University of Copenhagen, Copenhagen.

Hastings, C.

1985 The Eastern Frontier: Settlement and Subsistence in the Andean Margins of Central Peru, tesis de doctorado, Department of Anthropology, University of Michigan.

Herrera, A.

2003 Patrones de asentamiento y cambios en las estrategias de ocupación en la cuenca sur del río Yanamayo, Callejón de Conchucos, en: B. Ibarra (ed.), *Arqueología de la sierra de Ancash: propuestas y perspectivas*, 221-249, Instituto Cultural RVNA, Lima.

Horkheimer, H.

1959 Algunas consideraciones acerca de la arqueología en el valle del Utcubamba, *Actas del II Congreso Nacional de Historia del Perú*, 71-90. Museo de Arqueología, UNMSM. Lima.

Isbell, W.

1974 Ecología de la expansión de los quechua-hablantes, *Revista del Museo Nacional* 40, 139-155. Lima.

Julien, D.

1993 Late pre-Inkaic ethnic groups in highland Peru: An archaeological-ethnohistorical model of the political geography of the Cajamarca region, *Latin American Antiquity* 4 (3), 246-273.

Kauffmann, F.

2013 Los chachapoyas: orígenes y trayectoria cultural, en: *Los chachapoyas*, 41-49, Colección Arte y Tesoros del Perú, BCP, Lima.

Kauffman, F. y G.C. Ligabue

2003 *Los Chachapoya(s): moradores ancestrales de los andes amazónicos peruanos*. Universidad Alas Peruanas, Lima.

Kojan, D.

2002 Cultural Identity and Historical Narratives of the Bolivian Eastern Andes: an archaeological study, tesis de doctorado, Department of Anthropology, University of California, Berkeley.

Koschmieder, K.

2010 Proyecto arqueológico Jucusbamba: segunda temporada (2009-2010), (informe no ms. publicado) entregado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.

2011 Arte rupestre en la Provincia de Luya, Departamento de Amazonas, *Revista del Museo de Arqueología, Antropología, e Historia* 12, 167-205.

- 2012 *Jucusbamba: investigaciones arqueológicas y motivos Chachapoya en el norte de la Provincia de Luya, Departamento Amazonas, Perú*, auto-publicado, Lima.
- 2014 Los orígenes y el desarrollo de la organización socio-política de la cultura chachapoya: una mirada desde la provincia de Luya, Departamento Amazonas, Perú, en: S. Rostain (ed.), *Antes de Orellana-Actas de 3^{er} encuentro internacional de arqueología amazónica*, 243-249, 528-529, Instituto Francés de Estudios Andinos, Quito.
- Koschmieder, K. y C. Gaither**
- 2010 Tumbas de guerreros chachapoya en abrigos rocosos de la provincia de Luya, departamento de Amazonas, *Arqueología y Sociedad* 22, 9-38, Lima.
- Langlois, L.**
- 1940 Utcubamba: investigaciones arqueológicas en este valle del departamento de Amazonas, *Revista del Museo Nacional* 9 (1), 34-71.
- Lathrap, D.**
- 1970 *The Upper Amazon*, Praeger, New York.
- Lennon, T., W. Church y M. Cornejo**
- 1989 Investigaciones arqueológicas en el Parque Nacional Río Abiseo, *Boletín de Lima*, 43-56, Editorial Los Pinos, Lima.
- Lerche, P.**
- 1986 *Häuptlingstum Jalca: Bevölkerung und Ressourcen bei den vorspanischen Chachapoya, Peru*, Dietrich Reimer, Berlin.
- 1995 *Los Chachapoya y los símbolos de su historia*, Ediciones y Servicios Gráficos César Gayoso, Lima.
- Makowski, K.**
- 2006 La arquitectura pública del Período Precerámico Tardío y el reto conceptual del urbanismo andino, *Boletín de Arqueología PUCP* 10, 167-199. Lima.
- Mantha, A.**
- 2006 Late Prehispanic Social Complexity in the Rapayán Valley, Upper Marañón Drainage, Central Andes of Peru, en: A. Herrera, C. Orsini y K. Lane (eds), *La complejidad social en la sierra de Ancash*, 35-62, Civiche Raccolte D'Arte Applicata del Castello Sforzesco-Raccolte Extraeuropee, Milano.
- Matos, R.**
- 1972 Wakan y Wamalli: estudio arqueológico de dos aldeas rurales, en: J. Murra (ed.), *Visita de la Provincia de León de Huánuco en 1562, vol. 2*, 369-381, Universidad Nacional Hermilio Valdizán, Huánuco.
- Morales Gamarra, R.**
- 2002 Los Pinchudos, arquitectura funeraria en el río Abiseo, San Martín, *Arkinka* 76, 92-101, Lima.
- Morris, C. y D. Thompson**
- 1985 *Huánuco Pampa: An Inca City and Its Hinterland*, Thames and Hudson, London.
- Muscutt, K.**
- 1998 *Warriors of the clouds: A lost civilization in the upper Amazon of Peru*, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- 2013 Vira Vira y otros sitios arqueológicos Chachapoyas, en: F. Kauffmann (ed.), *Los Chachapoyas*, 189-212, Colección Arte y Tesoros del Perú, BCP, Lima.
- Narvárez Vargas, A.**
- 1996a La fortaleza de Kuélap 1, *Arkinka* 12, 92-108, Lima.
- 1996b La fortaleza de Kuélap 2, *Arkinka* 13, 90-98, Lima.
- 2013 Kuélap: centro del poder político religioso de los Chachapoyas, en: F. Kauffmann (ed.), *Los Chachapoyas*, 87-159, Colección Arte y Tesoros del Perú, BCP, Lima.
- Nystrom, K., J. Buikstra y K. Muscutt**
- 2010 Chachapoya mortuary behavior: a consideration of method and meaning, *Chungará: Revista de antropología chilena* 42 (2), 477-495.
- Olivera, Q.**
- 2008 Manifestaciones arqueológicas tempranas en el Alto Amazonas, *Amazonia Peruana/Arqueología* 31, 303-319.

Parsons, J., C. Hastings y R. Matos

2000 *Prehispanic settlement patterns in the Upper Mantaro and Tarma drainages, Junin, Peru*, Vols I y II, Memoirs of the Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.

Ravines, R.

1981 Yacimientos arqueológicos de la región nororiental del Perú, *Amazonia Peruana* 4 (7), 139-175.

Reichlen, H. y P. Reichlen

1950 Recherches archéologiques dans les Andes du haute Utcubamba, *Journal de la Société des Américanistes* 39, 219-246.

Ruiz Barcellos, J.L.

2004 Purum Llacta: centro poblado Chachapoya dedicado a la agricultura, *Revista Arqueológica Sian* 9 (15), 10-11. Trujillo.

2007 Arqueología y arquitectura de Yálape en la provincia de Chachapoyas, departamento de Amazonas, *Arkinka* 136, 84-91, Lima.

Ruiz Estrada, A.

1979 Los monumentos arqueológicos de Leimebamba, *Boletín de Lima* 42, 69-82.

2004 Purumllacta: un centro administrativo incaico en Chachapoyas, *Investigaciones Sociales* 8 (13), 73-84, Lima.

2008 Las cavernas y el poblamiento prehispánico de la provincia de Chachapoyas, *Investigaciones Sociales* 12 (20), 35-62, Lima.

2009 *Alfarería de Kuélap: tradición y cambio*, Avqi Ediciones, Lima.

2010 *Amazonas: arqueología e historia*. Universidad Alas Peruanas, Lima.

2013 Investigaciones arqueológicas en San Pedro, Chachapoyas-Perú. *Investigaciones Sociales* 17 (31), 27-38, Lima.

Saignes, T.

1985 *Los Andes orientales: historia de un olvido*. Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima.

Salazar, L., J. Silva y R. Burger

2015 Flor de Mayo, Moyobamba, Peru: a formative U-shaped center in the Peruvian ceja de selva? *Nauya Pacha* 35 (1), 91-116.

Schjellerup, I.

1985 Observations on ridged fields and terracing systems in the northern highlands of Peru, *Tools and Tillage* 5 (2), 100-121.

2005 *Incas y españoles en la conquista de los Chachapoya*, Fondo Editorial PUCP, Lima.

2008 Sacando a los caciques de la oscuridad del olvido. Etnias chachapoya y Chilcho, *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* 37 (1), 111-122.

Schjellerup, I., M. Kamp Sørensen, C. Espinoza, V. Quipuscoa y V. Peña

2003 *Los valles olvidados: pasado y presente en la utilización de recursos en la ceja de selva, Perú*. Ethnographic Monographs, No.1. National Museum of Denmark, Copenhagen.

Schjellerup, I., V. Quipuscoa, C. Espinoza, V. Peña y M.K. Sørensen

2005 *Redescubriendo el valle de los Chilchos: condiciones de vida en la ceja de selva, Perú*, Ethnographic Monographs, No.2. National Museum of Denmark, Copenhagen.

Schjellerup, I., C. Espinoza, J. Rollefson, V. Quipuscoa, M. Kamp Sørensen y V. Peña

2009 *La ceja de montaña: un paisaje que va desapareciendo*, Ethnographic Monographs, No. 3, Aarhus Universitet, Afdeling for Systematisk Botanik, Aarhus.

Shady Solís, R.

2011 Sociedades formativas de Bagua-Jaen y sus relaciones andinas y amazónicas. En P. Ledergarber-Crespo (ed.), *Formativo Sudamericano: una re-evaluación. Ponencias presentadas en el Simposio Internacional de Arqueología Sudamericana, Cuenca, Ecuador*, 201-211.

Taylor, G.

1989 La lengua de los antiguos Chachapuyas, en: W. Adelaar et al. (eds), *Temas de lingüística amerindia: primer congreso nacional de investigaciones lingüístico-filológicas*, 121-139, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Lima.

Thompson, D.

- 1976 Prehistory of the Uchucmarca Valley in the North Highlands of Peru, *Proceedings of the of the 41st international Congress of Americanists* 99-106.
- 1984 Ancient Highland connections with Selva and Coast: evidence from Uchucmarca, Peru, en: A. Kendall (ed.), *Current Research in the Andes*, 153-160, BAR International Series 194, Oxford.

Toohy, J.

- 2009 *Community Organization, Militarism, and Ethnogenesis in the Late Prehistoric Northern Highlands of Peru*, tesis de doctorado, Department of Anthropology, University of California, Santa Barbara.

Toyne, M. y A. Narváez

- 2014 The fall of Kuélap: bioarchaeological analysis of death and destruction on the Eastern slopes of the Andes. En A. Scherer y J. Verano (eds), *Embattled Bodies, Embattled Places: War in Pre-Columbian Mesoamerica and the Andes*, 341-364. Dumbarton Oaks, Washington, D.C.

Toyne, M., W. Church, L. Coronado y R. Morales

- 2016 Exploring imperial expansion using an isotopic analysis of paleodietary and paleomobility indicators in Chachapoyas, Peru, *American Journal of Physical Anthropology* 162 (1), 51-72.

Troll, C.

- 1968 The cordilleras of the tropical Americas: aspects of climatic, phytogeographical, and agrarian ecology, en: C. Troll (ed.), *Geocology of the Mountainous Regions of the Tropical Americas*, 15-56. Colloquium Geographicum, Band 9.

Tykot, R.H., R.L. Burger y N.J. Van der Merwe

- 2006 The importance of maize in Initial Period and Early Horizon Peru. En J. Staller, R. Tykot, y B. Benz (eds.), *Histories of Maize*, 187-233. Academic Press, San Diego, CA.

Urton, G.

- 2001 A calendrical and demographic tomb text from Northern Peru. *Latin American Antiquity* 12 (2), 127-147.

Valdez, F.

- 2013 *Primeras sociedades de la alta Amazonía: la cultura Mayo Chinchipe-Marañón*. Institut de Recherche pour le Développement, Quito.

Vásquez, V., T. Rosales y J. Kent

- 1997 Zooarqueología del Edificio No.1 del sitio Gran Pajatén, San Martín, Perú. Informe preparado por el Proyecto de Investigación Arqueológica Parque Nacional Río Abiseo. Departamento de Antropología, Universidad de Colorado-Boulder.

Vega Ocampo, A.

- 1982 Complejo arqueológico de Uchucmarca: Conjunto Pirca-Pirca: sus cámaras internas. *Investigación arqueológica* 4, 41-45. Universidad de Trujillo, Peru.

Watanabe, S.

- 2001 Wari y Cajamarca, *Boletín de Arqueología PUCP* 5, 531-541.

Zevallos Quiñones, J.

- 1995 El área geográfico-cultural de la prehistoria de Chachapoyas: una nueva Postulación, *Gaceta arqueológica andina* 24, 13-23.

Fecha de recepción: 30/05/2016

Fecha de aceptación: 07/02/2017